

tenso sobre las almas; la fe en el ministerio divino transmitido á su persona por la consagracion que le hacia vicario de Cristo y le daba la facultad de atar y desatar en la tierra y de abrir ó cerrar las puertas del cielo; todas estas ideas agitadas y encrespadas por el oleaje tempestuoso de su vida, diéronle una persuasion verdaderamente profunda de ser en aquella sociedad el alma, el pensamiento, el derecho, la fuerza moral, la religion, todo lo divino, todo lo eterno, todo lo espiritual á que lo humano, lo transitorio, lo terrenal deben sujetarse y someterse como se someten y se sujetan todas las criaturas á su divino Criador. En tal idea se templaba y aceraba su voluntad. Gregorio VII era ante todo y sobre todo eso, una voluntad, sí, una voluntad activa, una voluntad perseverante, una voluntad firme, incapaz de darse punto alguno de reposo, y cierta, certísima de todo cuanto queria, y segura, segurísima de lograrlo con solo ejercer las energías naturalmente ligadas á la voluntad como la fuerza á la materia. Y esta voluntad no queria las cosas pequeñas, las obras de un momento, la satisfaccion de pasiones miserables, el hartazgo de apetitos fugaces, sino mandar en las almas, dirigir las conciencias, legislar desde lo alto del trono como Dios desde la cumbre del Sinaí, someter las coronas á la tiara, regir los pueblos hijos de la Iglesia, resucitar por medio del poder espiritual la grandeza y la majestad de la antigua Roma, en otro tiempo señora de la tierra, y merced al Pontificado señora y diosa tambien del cielo. Alma tan vasta debia señalar por necesidad, y señaló efectivamente, todo el poder y todo el apogeo de la autoridad pontificia.

No lo olvidemos: la division del mundo feudal ofrecíale feliz coyuntura para conseguir su intento y las múltiples fuerzas puramente materiales en aquel caos daban poder y alcance á su fuerza moral, verdaderamente única. Pero tenia un poder rival, á saber, el Imperio; y este poder rival reivindicaba una jurisdiccion religiosa, puesto que concedia sus investiduras á los Obispos. Pelear con él y arrancarle esta facultad fué el titánico trabajo de Gregorio VII, á quien debemos estudiar en sus combates como lo hemos estudiado ya en su complexion moral y en su azarosa vida. Despues de los Othones, en los capítulos precedentes ya estudiados, confundióse el sacerdocio y el Imperio en tales términos que el Emperador parecia el Papa en accion mientras el Papa hechura del Emperador en vergonzosa tutela. Conrado II

extremaba el poder de los Othones, sin alcanzar su grandeza. Propúsose obtener del feudalismo lo mas contrario á su naturaleza, un ejército; y propúsose obtener del Pontificado otro imposible, la adiccion pura y simple á la vasta autoridad del Imperio. Guerrero en Alemania, cruel en Italia, declaró guerras injustas á naciones pacíficas y convirtió por maniobras reprobables en siervo suyo al clero italiano. De aquí el movimiento contra la autoridad imperial en Italia, movimiento denominado con propiedad revolucion de los Obispos. La muerte le frustró sus proyectos y el destino le procuró por sucesor á Enrique III, de quien decia un contemporáneo, que llegó á mandar en la tierra como pudiera mandar Dios mismo en el cielo. Mirada su gigantesca figura al través de la historia y en los arreboles de la leyenda, tomaríaislo por un sacerdote guerrero ó como un guerrero sacerdote, á manera de ciertos emperadores orientales. Sus capellanes le llamaban desde el púlpito un nuevo Criador (*alter conditor*). Y él tenia una devocion tan profunda que no acercaba la diadema á sus sienes ni el manto á sus hombros sino despues de largas oraciones y á veces de duras penitencias. A mediados ya del siglo undécimo dirigióse á Roma con gran golpe de gentes en armas, pero precedidas por gentes de Iglesia, como esos ejércitos y esos caudillos eclesiásticos, á quienes los pintores litúrgicos presentan acompañados de ángeles, cuyas grandes alas se abren allá en la inmensidad de los cielos. Y en efecto, puso mano por medio de sus soldados en la corona del Imperio y por medio de sus obispos en la tiara del Pontificado. Apenas entrara en la Ciudad Eterna, cuando reuniera una Asamblea extraña compuesta de los prelados italianos que habia visto mas fieles y de los obispos alemanes que habia traído en su compañía y de los patricios romanos sometidos por fuerza y hasta de representantes del pueblo-rey cohechados por dinero, en todos los que reconoció la facultad de nombrar Papa con apariencias de humildad ajenas á los propósitos de soberbia encerrados en el fondo de su alma, si bien no tanto que pasaran inadvertidos al extraño *conclave*, el cual unánime renunció á tanta honra y proclamó elector único al mismo que les cediera tan modestamente á primera vista el sacro derecho de eleccion. Y en efecto, Enrique, rey tan solo hasta entonces, nombró á Clemente II Papa; y Clemente II, en justa reciprocidad, nombró á Enrique Emperador. La Noche buena se designa para el acto de la coronacion en me-

moria de Carlo-Magno; la puerta Castelli, á la sombra del fuerte de San Angelo, como sitio para prestar juramento á las instituciones de la ciudad; y desde allí los senadores y el prefecto romano le preceden con las rozagantes vestiduras de su autoridad ceñidas al cuerpo y las espadas caballerescas desnudas en las manos; la plaza de San Pedro le ve hincar la rodilla en tierra y adorar el santo edificio con veneracion despues de declararse su escudo y protector; el clero le recoge y le conduce á la sacristía, donde le consagran clérigo; los canónigos le visten la dalmática y la capa pluvial, le calzan las sandalias, le cubren con la mitra; el obispo de Ostia le aplica el óleo santo al brazo derecho y al cuello; el Papa, dentro ya de la iglesia, entre los cirios que arden y el incienso que humea y los coros que cantan, le pasa al dedo el anillo símbolo de la fe, le cuelga á la espalda la espada símbolo del poder, le pone en las sienes la corona carlovingia levantada del altar como un astro de su oriente, y le aclama César entre los gritos roncós y las voces discordes y la vibracion de las armas de los soldados germánicos, los cuales se creen por un momento, no bajo el techo de la primera Basílica del mundo, sino como sus progenitores bárbaros en campo de Mayo, elevando sobre el escudo al jefe militar ungido de sangre, el cual, despues de haber adorado la espada odínica puesta de punta en el suelo, debe guiarlos, como un genio exterminador, á las irrupciones y á las matanzas.

Hé aquí, pues, el Imperio erigido sobre el Pontificado y el Pontificado reducido á capellan mayor del Imperio. Nadie sabe á dónde hubiera llegado, de no haberle sobrecogido en edad temprana la muerte. Su paso de este mundo correspondió á su vida. Como Felipe II quiso espirar en el Escorial, contemplando aquel inmenso túmulo erigido para abrigar sus huesos despues de la muerte, Enrique III quiso espirar en San Pedro, cerca del manantial de todas las verdades religiosas, á vista del ara de donde descendiera como un don celestial aquella esplendente diadema del Imperio sobre sus agitadas sienes. Los cánticos de los sacerdotes acompañaban el estertor de su agonía; las luces del altar se reflejaban en sus mortecinos ojos, cual si hubiera intentado encerrarse vivo en aquel vasto templo sobre el cual no podia fulminar Dios los encendidos rayos de su cólera. Así murió el hombre que se elevó de rey á emperador y de emperador á verdadero autócrata, juntando en su persona el

poder temporal y espiritual, lo que equivalia en el movimiento continuo de las ideas y de las instituciones á un retroceso hácia el sentido y el espíritu de Asia.

Un niño de seis años, con nombre de Enrique IV, sucede al férreo emperador; y una débil mujer, Inés de Poitiers, lleva el peso abrumador de la regencia. Solo así puede concebirse que Víctor II diera el decreto, en cuya virtud se arrancaba al Imperio el nombramiento de los Papas. Y cuanto mas Roma porfiaba, mas crecian las constantes aspiraciones de Alemania, que estallaron al salir Enrique IV de la minoridad y sentirse rey, emperador, heredero de la autoridad de su padre, y llamado por providencial llamamiento á transmitir tamaña autoridad á cien generaciones. Y al mismo tiempo que el vértigo de la soberbia poseia de esta suerte á Enrique IV, el gran reivindicador de la autoridad pontificia llegaba á la Santa Sede. Era el 22 de abril de 1073. El clero romano daba con recogimiento tierra en San Juan de Letran al cadáver del último Papa, de Alejandro II. Ya habia desaparecido á la vista de todos, tragado por el sepulcro, cuando aun contemplaba el sitio por donde desapareciera el archidiácono Hildebrando, como si intentase volver la vida al muerto, ó interrogar su sombra en el momento de pasar á la eternidad. De tal meditacion sacáronle agudos gritos, de los cuales destacábanse estas palabras: «Hildebrando Papa.» Al oirlas, quiso el aclamado lanzarse al púlpito para contrastarlas; pero un cardenal le detiene y le dice que San Pedro mismo acababa milagrosamente de designarlo. Y en efecto, cardenales, obispos, diáconos, pueblo, cogen á Hildebrando, lo sacan de aquella iglesia, lo conducen á San Pedro In Vinculis, y lo proclaman Papa. No podia darse revolucion mayor en la Iglesia. Frente á frente de un Emperador jóven, decidido á restaurar las facultades que en su menor edad le arrancaran, hallábase un Papa resuelto á definir la autoridad del Pontificado en tales términos que la separara por completo del Imperio y le diera el dominio eminente y espiritual sobre todas las potestades de la tierra. A este fin dirigió sus reformas, y comprendiendo que el clero no podia pretender superioridad sobre el mundo, mientras no superase las mundanales pasiones, condenó en él aquella mas universal á todos los seres criados, y mas avasalladora del hombre, la pasion del amor, á fin de que no tuvieran los clérigos mas esposa que la Iglesia, ni mas posteridad que sus obras. Solo así podia impedir que el clero se convirtiera en una casta teo-

crática; que el feudalismo se apoderara del seno de la Iglesia; que el mundo perdiera todo ideal; que el Emperador se alzara sobre la humana conciencia; que la Iglesia se extinguiera pasando á elemento material y de fuerza entre tantos elementos como entonces oprimian á la pobre Europa y desgarraban sus entrañas con las crueles calamidades de la conquista y de la guerra, las cuales hacian de aquel mundo feudal una pira, donde los huesos de la humanidad entera se calcinaban como en las llamas del infierno.

En la primera cuaresma del año 1074 congregó el Papa una Asamblea de obispos, y propuso en ella todas las reformas en su sentir necesarias al mejoramiento y esplendor de la Iglesia. A fin de cohonestar la mas difícil y penosa, la del celibato eclesiástico, unióla estrechamente á la mas hacedera en sí misma y mas admitida por todos, á la extirpacion de la simonía. Los clérigos simoníacos y los clérigos casados cayeron bajo el mismo implacable anatema. La conmocion, que esta medida causara en el mundo, apenas puede pintarse hoy tras tantos siglos de ser célibes los clérigos y de ir unido el celibato al sacerdocio en la religion católica. Entonces que tal cánón de nuestra disciplina eclesiástica no tenia el vigor de ahora, casados en gran parte los clérigos seculares, conmoviéronse los sentimientos mas hondos y arraigados en el corazon humano, los sentimientos de familia, y alarmaron con general alarma, en mas ó menos grado, el ánimo de todas las naciones. No hablemos de los pervertidos y amancebados, ni de aquellos que se unian á hermosas damas feudales por poner su mitra ó su cóngrua al abrigo de asaltos é irrupciones en la sombra protectora de un castillo señorial; hablemos del comun de las gentes eclesiásticas, casadas por la tolerancia de la costumbre, bienquistas del mundo, bien queridas de los suyos, bien halladas en el hogar poblado de hijos, y que necesitaban abandonarlo todo, separarse de todo, dividirse en pedazos el corazon, entregarse á una soledad mas triste que el sepulcro y á una vida mas oscura que la muerte, si querian conservar su augusto carácter de sacerdotes y ponerse bien con Dios y con la Iglesia. La compañía de una mujer amada, las caricias de los pequeñuelos venidos como ángeles del cielo á la familia, el lecho y el hogar santificados por las leyes y por las costumbres, tornábanse el infierno cuando hasta entonces parecian al ánimo sereno el santuario de la celestial bienandanza. Las revoluciones, que hieren los intere-

ses, resultan difíciles y peligrosas. ¿Cuánto mas no resultarán las revoluciones que hieren los sentimientos? Véase á padres ancianos y respetables morir de dolor al separarse de sus hijos; véase á tiernas y virtuosísimas esposas retorcerse de angustia y desesperacion hasta tocar en la demencia. Y no hablemos de los que tenian móviles menos justos y costumbres menos puras; no hablemos del resuelto apoyo que en tales afectos encontraria la guerra del Imperio al Pontificado; no hablemos de cómo los odios contra Gregorio VII se henchirian á una en la exaltacion de todos estos naturales sentimientos; no hablemos de la resistencia que encontraria la innovacion radical en los corazones y en los ánimos. Los hijos de los eclesiásticos estaban acostumbrados á heredar con el nombre las prebendas y las cóngruas de sus padres. En la iglesia misma de San Pedro habitaban sesenta pensionados, guardadores del templo, laicos y casados, que solian engañar á los peregrinos, diciendo con disfraces de cardenales y obispos misas sacrílegas, y manchar la iglesia celebrando, como si fuera el templo de Eleusis, misterios orgiásticos llenos del mas depravado sensualismo, y ensangrentar las incruentas aras del Crucificado con desafíos, riñas y asesinatos. Las familias eclesiásticas acudian á las potestades terrestres en demanda de auxilio. El Arzobispo de Rávena tramaba inteligencias secretas con los malcontentos y requería las armas para combates de otro carácter que las porfías eclesiásticas. Rehusaba todo concurso al Papa y lo concedía completo y sin reservas á sus numerosos enemigos. Entre los mas tenaces hallábase Cencio, último representante de aquellos patricios resueltos á contrastar el poder pontificio en Roma y convertir la ciudad del estado eclesiástico al estado laico. Perseguido, acosado, puesto en tormento, desposeido de sus feudos, encerrado en las cárceles pontificias, sujeto á ver cómo desmantelaban los gregorianos sus fortalezas y talaban sus tierras, condenado á muerte y debiendo la vida al enemigo misericordioso, cuya piedad redoblaba su ira, maquinó una conjuracion espantosa con aquella copia de recursos tradicional en su familia y con aquella celeridad de ejecucion adquirida por larguísima experiencia en el privilegiado suelo de los milagros políticos, y en el comercio continuo con la romana historia. En el monte Esquilino, allá por el siglo quinto, con las magníficas columnas de mármol arrancadas al templo de Lucina, fundóse la majestuosa iglesia consagrada á la Virgen y co-